

Populismo en un contexto de crisis, globalización y nacionalismos

Populism in the context of crisis, globalization and nationalism

José Déniz Espinós¹

“Todo lo que molesta, con lo que no se está de acuerdo, es populista”

(José Mujica)²

Resumen

En estas fechas se cumple la primera década de lo que se ha llamado la Gran Recesión, cuando en septiembre de 2008 Lehman Brothers se declaró en bancarrota en Estados Unidos de América (EUA). Luego se comprobó que el problema era del sistema, no de una institución. Si bien este panorama se inició en EUA y rápidamente se fue complejizando, unas condiciones similares hicieron posible que se extendiera a otras partes del mundo, especialmente por su importancia económica a la Unión Europea (UE), aunque sus efectos fueron globales. Asimismo, se aprecia una crisis del pensamiento económico y político que ha servido como referente hasta ahora. Este conjunto de elementos sería el causante o, por lo menos, el catalizador del actual populismo, el fenómeno al que se viene aludiendo mayoritariamente cada vez que se quiere descalificar algo (o a alguien) con lo que no se está de acuerdo, sea a la derecha o a la izquierda.

Palabras clave: Populismo, la gran recesión, América Latina y el Caribe, Unión Europea

Abstract

These days marks the first decade of what has been called the Great Recession, when in September 2008 Lehman Brothers filed for bankruptcy

¹ UAED-Universidad Autónoma de Zacatecas

² El País, Madrid 2.9.18.

in the United States of America. Then it was found that the problem was of the system, not of an institution. Although this scenario began in the US and quickly became more complex, similar conditions made it possible for it to spread to other parts of the world, especially due to its economic importance to the European Union, although its effects were global. Also, there is a crisis of economic and political thought that has served as a reference until now. This set of elements would be the cause or, at least, the catalyst of the current populism, the phenomenon that has been referred to mostly whenever you want to disqualify something (or someone) with what is not agreed, be it the right or left.

Keywords: Populism, the Great Recession, Latin America and the Caribbean, European Union

Presentación

Estas líneas a continuación son apuntes o notas rápidas sobre un tema tan de actualidad como es el populismo. En el caso, se ha querido contextualizarlo en un tiempo histórico caracterizado por la crisis, la globalización y los nacionalismos. Para ello el trabajo se ha dividido en cuatro partes. En la primera, hay una introducción en la que se señalan algunos elementos del contexto mundial más reciente para sugerir la base material que se utiliza como referente. La segunda parte, bajo el título de Populismo, ¿qué es eso?, se hace una revisión problemática del tema, con más preguntas que certezas. La tercera parte, se recogen algunos enfoques sobre el populismo que han elaborado estudiosos del tema. Finalmente, la cuarta parte, anota algunas conclusiones que son más bien reflexiones para el debate.

Introducción

1. En estas fechas se cumple la primera década de lo que se ha llamado la Gran Recesión, cuando en septiembre de 2008 Lehman

Brothers se declaró en bancarrota en Estados Unidos de América (EUA). Luego se comprobó que el problema era del sistema, no de una institución. Este hecho ha sido considerado como el catalizador de la peor crisis financiera desde la llamada Gran Depresión. Este derrumbe fue el resultado del auge de la vivienda que inició a mediados de los años 1990, cuando los requisitos para obtener una hipoteca eran muy reducidos a la vez que se ofertaron productos financieros a un tipo de interés muy bajo, lo que tiempo después generó la burbuja en el mercado de la vivienda y las obligaciones hipotecarias y cuyos síntomas críticos se mostraron unos pocos años antes del estallido de la crisis. Si bien este panorama se inició en EUA y rápidamente se fue complejizando, unas condiciones similares hicieron posible que se extendiera a otras partes del mundo, especialmente por su importancia económica a la Unión Europea (UE), aunque sus efectos fueron globales. Los gobiernos y bancos centrales tuvieron que intervenir para reducir el daño a sus economías, particularmente saliendo al rescate con enormes recursos públicos de sus grandes bancos y empresas para sanear sus balances afectados. Para ello pusieron en marcha unas medidas que repercutieron de manera profunda en el nivel de vida de grandes sectores de población que vieron así deteriorado el bienestar logrado hasta entonces, con notables recortes e incremento de las desigualdades. Responsables directos del detonante de la crisis y de las políticas aplicadas posteriormente para superar la Gran Recesión, una década después siguen controlando el sistema, tales como un grupo de bancos de inversión (JP Morgan, Goldman Sachs, Morgan Stanley, Citigroup) y agencias de calificación crediticia (Standard & Poor's, Moody's, Fitch). A la vez, algunos de los productos financieros complejos que fueron identificados como tóxicos durante la crisis siguen ofertados como parte del negocio.

Este contexto mundial ha llevado a que ciertos analistas consideren que estos diez años de crisis han cambiado el mundo y, entre otras cosas, aceleró el proceso de deterioro (que viene de antes) de la

percepción de la democracia y la hegemonía de los valores que caracterizaban lo que se viene denominando como Occidente. Asimismo, se aprecia una crisis del pensamiento económico y político que ha servido como referente hasta ahora. Este conjunto de elementos sería el causante o, por lo menos, el catalizador del actual populismo, el fenómeno al que se viene aludiendo mayoritariamente cada vez que se quiere descalificar algo (o a alguien) con lo que no se está de acuerdo, sea a la derecha o a la izquierda.

En todo caso, aunque no necesariamente los haya creado, la Gran Recesión si aceleró o puso en evidencia con mayor claridad fenómenos que ya existían antes. La globalización creó respuestas reactivas, que se agudizaron con la crisis. El obligado cosmopolitismo que el proceso de acumulación a escala mundial impuso y que la tecnología de las comunicaciones endogenizó en muy poco tiempo, ocasionó en tiempos de crisis inseguridad y miedos, y se reaccionó con temor a perder la propia identidad, a veces más como refugio defensivo que por otras razones. En buena medida se atribuyó al otro, a lo global, a lo distante y virtual, la responsabilidad de los nuevos males. Es el rechazo al otro, que exonera de responsabilidad propia. El nacionalismo y la nación son el abrigo protector. Más aún, cuando ello permite determinadas acciones que de otra manera no serían posibles. Esa seducción emocional es fácilmente explotable por dirigencias necesitadas de tener un poder no solo legal sino, sobre todo, legítimo. Se difunde la necesidad de una fuerte vinculación con la comunidad, del sacrificio de intereses individuales a favor de los colectivos. La patria, la nación, es lo primero. Hay que demostrarlo y exigirlo. El patriotismo es el mejor indicador frente al otro, al foráneo, al de afuera, o al de la misma comunidad que es excluido y rechazado por no ser lo suficientemente patriota. Es el “America First” de Donald Trump que va acompañado del supremacismo del “nosotros”. Aunque en algunos casos a este nacionalismo se le quita las asperezas por razones

tácticas, en otros el componente xenófobo es central. La actual realidad internacional lo evidencia, muy especialmente en Europa, con históricos y cercanos antecedentes al respecto. Hoy, en nombre de una realidad objetiva como es el hecho de las desigualdades que la globalización neoliberal incrementó en estos años, renacen posturas nacionalistas de ultraderecha en gobernantes de Hungría, Italia o Polonia, por citar solo algunos, que fueron elegidos en procesos electorales legales, no mediante golpes de estado. No hay que olvidar que, en otros países, a nivel nacional o regional, hay organizaciones con fuerte base social-electoral de similar ideología. No es casualidad que Steve Bannon, el ex asesor de Trump, esté apoyando activamente estas corrientes políticas europeas, como que en América Latina y el Caribe (ALC) se vayan expresando cada vez con más claridad.

El caso del presidente Trump es muy significativo de este contexto. Como candidato a la Casa Blanca prometió derrotar al capitalismo financiero transnacional y restaurar el capitalismo productivo nacional. Los estadounidenses, afirma, no deben pagar los daños y malos acuerdos comerciales y de otro tipo que aquellos han promovido. La defensa de los “intereses nacionales” significa que las consecuencias de la crisis mundial deben sobre todo pagarlas otros países, entre los que se incluye a sus aliados tradicionales, precipitando así la quiebra de un orden mundial que viene liderando incuestionablemente EUA. La guerra comercial, el aumento del proteccionismo y los conflictos geopolíticos está produciendo choques muy explosivos que reconfiguran el panorama del poder mundial. Pero no solo estas contradicciones están presentes en el ámbito internacional, sino que asimismo hay un enfrentamiento entre fracciones capitalistas rivales a nivel nacional, que defienden sus intereses en los mercados, incluyendo los del sector militar, considerados entre los más estratégicos en los acuerdos públicos y privados, entre el Estado y las grandes empresas.

El rechazo al otro ha sido muy fácilmente explotable por políticos demagogos y manipuladores de determinados valores y pasiones presentes en la sociedad. La victoria de Trump en 2016 tiene un fuerte componente del miedo identitario, sobre todo del miedo al inmigrante, de dejar de ser mayoría de la población y de perder lo que identifica con su cultura. Su campaña electoral no solo se basó en esa amenaza a la identidad estadounidense, sino también en el “agravio” de millones de votantes blancos de la clase trabajadora que sufren los efectos laborales de la deslocalización industrial en el extranjero, lo que les ha hecho perder poder adquisitivo, cuando no el mismo trabajo. El nacionalismo y el racismo, va acompañado de la nostalgia de un pasado idealizado y puro, la contraparte a estas duras desigualdades de la cotidianidad del presente. Ello impulsa a grados importantes de aislacionismo y unilateralismo, tan presente en la tradición del país. En el caso europeo, la expresión más radical ha sido el Brexit de los británicos, de un fuerte contenido antieuropeísta, dado que se le atribuye la causa de sus males a la UE, tanto por sus políticas migratorias como económicas, lo que ha puesto en cuestionamiento su patrimonio material pero también su identidad nacional. En ambos casos, como en el de otros países, la base social que sustentó estos cambios identificó en la globalización y sus élites económicas y políticas a los responsables de la crisis y por lo tanto de su deterioro. La desconfianza en la capacidad de los poderes públicos y en las organizaciones políticas creció vertiginosamente al comprobarse que no eran capaces de resolver los problemas de los ciudadanos. Ha sido la democracia y sus partidos tradicionales los que fallaron. Al cuestionarse esto se está cuestionando las bases políticas de lo que se viene denominando como mundo o modelo occidental de desarrollo. Nuevas formas de autoritarismo ganan influencia y nuevos enemigos entran en escena. El que fuera el gran enemigo, el bloque soviético, ya no existe desde los años noventa; los atentados de 2001 en EUA y los subsiguientes en

varios otros lugares han creado nuevos enemigos externos (habitualmente identificado con determinado islamismo político y cultural); y China, con un modelo ambiguo, se fue consolidando como una nueva potencia económica y geopolítica mundial y claro rival estratégico de EUA, cada vez más presente en todos los continentes y con alianzas que fortalecen su peso, sobre todo en la convergencia con Rusia, donde esta juega su propio papel. En resumen, el sistema internacional está en una dinámica y compleja fase de transición, con reconfiguraciones globales en todas las dimensiones que son productoras de impactos que explican respuestas políticas (que son más que solo políticas), como es el caso de lo que generalmente se conoce con el nombre de populismo.

2. Las modas forman parte de la existencia humana desde siempre, aunque ahora más que nunca porque los medios de comunicación y, muy especialmente, las redes sociales lo facilitan de manera muy notable. Son soportes de gran influencia en los distintos públicos existentes. Por ello no debe extrañar que las modas también formen parte del mundo académico e intelectual en general y, naturalmente, en el ámbito político que las hacen suyas y las utilizan en su beneficio. Así viene ocurriendo, por ejemplo, con términos como globalización, emergentes (sean países o economías) y, por supuesto, populismo, el tema central de estas notas. Todo ello en un tiempo donde la falta de rigor conceptual y la superficialidad se ha hecho normal, apremiados por lo urgente y la comodidad de razonar lo mínimo necesario, facilitando de este modo que muchos de estos términos se utilicen para categorizar sin pensarlo mucho (casi no hay país que no sea emergente y ámbito que no esté globalizado) y otros se utilicen como verdaderas armas arrojadas para descalificar al oponente, como es el caso de populismo/populista. No hay que demostrar nada, no interesa sus cualidades o virtudes, basta con repetir lo mismo varias veces e incluso exagerarlo para que adquiriera estatus de certeza, aunque sea un verdadero disparate.

Populismo, ¿qué es eso?

1. No es intención de este trabajo remontarse a más de un siglo atrás, sino tan solo recordar que en las últimas décadas del siglo XIX casi simultáneamente aparecieron movimientos que se denominaron populistas tanto en Rusia como en EUA. En ambos casos existe una idealización del mundo rural, pero mientras para los norteamericanos se exaltaba el individualismo para los rusos se enaltecía la aldea comunitaria o comuna. Entre los primeros si fue un movimiento integrado por granjeros independientes y pequeños propietarios agrícolas, pero entre los segundos fue sobre todo un movimiento de intelectuales que pretendían educar y orientar al campesinado, ir hacia el pueblo, son los *naródniki*, cuya traducción literal es populistas. Más recientemente, hace ya varias décadas que se analiza el populismo de manera preocupante, como ocurrió en los años cincuenta del siglo XX por autores liberales del prestigio de Daniel Bell o Seymour Martin Lipset que lo consideraron premoderno, y en los años sesenta, en el contexto de la descolonización en África y Asia, con los debates sobre el papel de los campesinos [concepto también a precisar] y la influencia del pensamiento maoísta en diferentes ámbitos. La propia London School of Economics convocó una conferencia para definirlo en el año 1967 y que, por supuesto, no logró un consenso entre los participantes. Como bien recuerda Müller (2017:19), dos autores de ese entonces para dar idea de la trascendencia del tema ironizaron con lo que en 1848 dijeron Marx y Engels en el Manifiesto Comunista y escribieron que “un fantasma se cierne sobre el mundo: el populismo” (Ionescu y Gellner, 1970: 7).

2. Corresponde preguntarse de qué situación social o realidad concreta es expresión el populismo. Para poder responder esta pregunta habría que analizar las experiencias en diferentes partes del mundo, pero tan solo valga aquí decir que en el caso de ALC el término populismo se usa para referirse a experiencias de gobierno

que, en algún caso, inició su gestión en los años treinta del siglo pasado, y posteriormente pueda hablarse de otros casos y cuyos contenidos conviene no olvidar. El populismo latinoamericano en esa década surgió como rechazo a los regímenes oligárquicos incapaces de satisfacer las necesidades básicas de la población, sobre todo las que surgieron como resultado de los asentamientos urbanos que crecieron por la demanda de una primera etapa de industrialización. Tiene un propósito de inclusión social, de crear estructuras políticas y sociales desde el Estado adecuadas al nuevo escenario y en un entorno de crisis del capitalismo mundial que ayuda a posibilitarlo. Una vez más los factores externos condicionan la evolución del desarrollo en la región.

Entre sus principales características sobresale un proceso de industrialización que sustituya importaciones (el conocido modelo de industrialización por sustitución de importaciones), fomentando así el desarrollo industrial nacional, con una activa intervención del Estado, cuyas instituciones deben fortalecerse, nacionalizando empresas extranjeras si fuere necesario, y unas políticas sociales dirigidas a favor de los trabajadores como sustento de un mercado interior con mayor capacidad de demanda. Estas acciones se sustentan en un proyecto nacional que cambie las estructuras existentes y a cuyo frente hay un fuerte liderazgo carismático (o hiperliderazgo) de quien es la representación de la relación y de los intereses con y del pueblo.

Es habitual citar como ejemplos del populismo latinoamericano los muy significativos casos de Brasil (desde 1930 con Getulio Vargas) y Argentina (desde 1945 con Juan Domingo Perón). Asimismo, se recuerdan las también reveladoras experiencias de México con el gobierno de Lázaro Cárdenas (1934-1940) y de Perú con el gobierno de Juan Velasco Alvarado (1968-1975). En otra medida y más recientemente, también se aprecian como tales a los gobiernos bolivarianos de Venezuela (Hugo Chávez, 1999-2013), Bolivia (Evo Morales, desde 2006) y Ecuador (Rafael Correa, 2007-2017). En todos y cada uno de estos casos, con matices,

especialmente para las presidencias de Vargas y Perón, se estima que han sido gobiernos de signo progresista o, por lo menos, modernizadores en el desarrollo capitalista dependiente. Esta circunstancia no impide evaluar en qué medida también hubo gobiernos con rasgos populistas, pero de signo conservador, en consecuencia, no solo con otras referencias ideológicas y políticas a las indicadas sino opuestas a ellas. Pero esto sería otro debate que escapa a este texto, como igualmente analizar a cada uno de los gobiernos, líderes y proyectos antes citados.

3. Esta diversidad de situaciones y la ambigüedad del uso del término populista trajo como resultado una cadena también equívoca de conceptos, como se comentará a continuación. Uno de los más utilizados es el de pueblo, como sujeto central del análisis, vinculado siempre a la expresión “representación de los intereses del pueblo”. El uso del término en muchos casos sirvió, por ejemplo, para omitir toda consideración que tuviera que ver con las clases sociales. El considerado pueblo no es un colectivo humano homogéneo y unido. Se le homogeniza, se niega la diversidad, las diferencias, la heterogeneidad. ¿Qué es el pueblo? ¿Cuál es la concepción de pueblo que se defiende? ¿Cuál es el pueblo verdadero? ¿Existe, por lo tanto, un pueblo no verdadero? ¿Quién lo dictamina? ¿Quién le da autoridad para autodenominarse en sus representantes legítimos y únicos? ¿Ellos son verdaderos como sus representados? ¿Quién lo dice? A estas preguntas se pueden sumar muchas más, como, por ejemplo, las siguientes: ¿El pueblo son todos los miembros de una comunidad? ¿Es la ‘nación’ como un todo, los que son ‘nacionales’? ¿Son tan solo la gente común, los que están oprimidos por las élites? La delimitación conceptual es muy trascendental porque se está en un momento de resurgimientos nacionalistas con gran base social (incluida la electoral), de construcción política de identidades con una fuerte carga de exclusión, donde en el discurso los términos nación y pueblo tienen preeminencia.

4. Por otra parte, en varios analistas hay un vago sentimiento antisistema, que no significa que sea anticapitalista. El término sistema es utilizado muchas veces para identificar al otro, al que no es pueblo verdadero, al de arriba, como un ente abstracto, no precisando que son estructuras y sujetos capitalistas, porque a éstos no es suficiente oponerles el pueblo, sino otras estructuras y sujetos no capitalistas. ¿Cuáles? ¿Quiénes? ¿Los representantes del pueblo por gracias de Dios (o de las urnas, cuando tienen los votos suficientes), que son además los depositarios del saber? ¿Se supone entonces que al haber un solo pueblo debe haber por lo tanto una única representación, “la nuestra”?

Hay veces que el término populista se usa como sinónimo de antisistema, tanto si se le considera de derecha o de izquierda. Suele tomarse como indicador de determinados estados de ánimo y emociones, como frustración, resentimientos, etc. Hay otras muchas veces que el término populista se utiliza como sinónimo de demagogia y esta se asocia a “políticas irresponsables”, con crecimiento de la deuda pública por excesos en los gastos gubernamentales. En lo que parecería haber acuerdo es en no darle la condición de doctrina con un código compartido.

Para algunos otros el populismo es una respuesta al liberalismo antidemocrático, y lo hace reivindicando la democracia y, por lo tanto, en nombre de la soberanía popular. Esto lo vincula a otro debate, que es sobre qué se comprende por democracia. Por lo menos sobre la necesidad de profundizar la democracia realmente existente, esto es, la liberal democrática. Como viene ocurriendo en los años más recientes a partir de la trama de la crisis financiera de 2008. No es casualidad, en el caso de EUA, la aparición de movimientos como el Tea Party, muy conservador, o el Occupy Wall Street, de carácter progresista. Y aún más próximo en el tiempo es el triunfo electoral del magnate Donald Trump, presidente desde enero de 2017 con el apoyo masivo de votantes blancos descontentos con las élites. En el caso europeo, los ejemplos de ello serían Syriza en Grecia y Podemos en España, por

la izquierda, y el Frente Nacional en Francia, el Partido de la Independencia del Reino Unido (UKIP, en sus siglas en inglés), el partido Fidesz-Unión Cívica Húngara, por la derecha, entre otros varios casos. En América Latina el ejemplo más citado de estos años son los gobiernos bolivarianos, esto es, los de Bolivia, Ecuador y Venezuela, visualizados como reformistas de izquierda, a los que habría que sumar las presidencias argentinas de los Kirchner de tradición peronista, de Lula en Brasil, de Vázquez y Mujica en Uruguay, etc. Todos ellos agrupados por algunos analistas como la “marea rosa”, y objeto de duros ataques de la derecha. En estos últimos meses habría que incluir al progresista López Obrador, ganador de las últimas elecciones presidenciales en México.

5. Si bien la cultura política ha girado hacia las diferentes derechas, por sus propios méritos en saber hacerlo y por los errores o desméritos de las izquierdas, sobre todo la hasta ahora mayoritaria socialdemocracia, entre las razones que explican el atractivo del populismo está el incumplimiento de las promesas de los gobiernos de los partidos tradicionales que se identificaron con la democracia. Su fracaso ha llevado al fracaso de esa democracia. Ese sistema de partidos ya no cumple con sus históricas funciones. Esta desilusión en el caso europeo ¿explica por igual el surgimiento del fascismo en Italia, el nacionalsocialismo o nazismo en Alemania o el nacionalcatolicismo en España, todos de extrema derecha? ¿Acaso los malos gobiernos de esa democracia explican casi cien años después los movimientos alternativos del presente en Europa, pero que son tanto de signo conservador como progresista? ¿Entre ellos están los considerados populistas? ¿Entre sus causas se encuentra la crisis del Estado de bienestar, con la pérdida de derechos y el aumento de las desigualdades? ¿Qué utilización se hace de la población inmigrante, del euro y de la inseguridad yihadista?

6. Para un debate abierto que pretenda responder algunas de estas cuestiones es útil recoger algunos enfoques sobre populismo elaborados más sistemáticamente y no coincidentes en sus marcos teóricos y valorización de dicho fenómeno. Es lo que viene a continuación, donde se recogen algunos elementos que aportan estudios de Jan-Werner Müller y Ernesto Laclau, principalmente, pero también de Gino Germani, Carlos M. Vilas y Horacio Cerutti.

Algunos enfoques sobre populismo

1. Jan-Werner Müller. Dicho de manera muy sintética, para el politólogo alemán Jan-Werner Müller (2017: 12 y ss.) una forma de ayudar a identificar el populismo es tomando en consideración propuestas que lo caracterizan, como son las siguientes: ser crítico de las élites, ser antipluralista y postular una representación exclusiva de marcada naturaleza moral como forma de política identitaria, elaborar constituciones como instrumento restrictivo del pluralismo y la crítica a la democracia liberal. En consecuencia -señala- el populismo es un peligro para la democracia y “viene desde el interior del mundo democrático; los actores políticos que constituyen el peligro hablan el lenguaje de los valores democráticos” (2017:17). Asimismo, el autor considera que cuando los populistas llegan al gobierno procuran apropiarse del aparato del Estado, acuden a la corrupción y al “clientelismo de masas” (dan beneficios a cambio del apoyo político de ciudadanos-clientes), e intentan sistemáticamente “suprimir a la sociedad civil” (2017:15).

De manera sintética define el populismo diciendo que “es una peculiar *imaginación moralista de la política*, una forma de percibir el mundo político que sitúa a un pueblo moralmente puro y totalmente unido (...) en contra de las élites consideradas corruptas o moralmente inferiores de alguna otra forma” y “son siempre antipluralistas: aseveran que ellos, y *sólo ellos*, representan al pueblo” (2017:33). Dicho lo anterior, matiza que el hecho de ser críticos de las élites no los hace populistas, pues

entonces cualquiera que cuestionara a “los poderosos y el *statu quo*” lo sería, por lo que es necesario que sean además antipluralistas. No obstante, en otro momento, valora que “no todos los que rechazan el pluralismo son populistas” (2017:38). De esta manera queda en evidencia las dificultades que existen para precisar un concepto de populismo si se excluye el componente ideológico, entendido como conjunto normativo de ideas, creencias y emociones que caracterizan a un colectivo o movimiento político, como es en este caso. De ser así, en esta lógica sería desde la ideología que se acepta o rechaza el pensamiento y la acción de los diferentes actores, por lo tanto, el calificativo de populista.

Dicho lo anterior, en algún momento de su análisis, Müller incluye una reflexión singular en la que registra similitudes entre el populismo y la tecnocracia. Así, afirma que “(...) en Europa, en mi opinión lo que es crucial para entender el surgimiento hoy del populismo es el modo específico de abordar la crisis del euro: en una palabra, la tecnocracia. Es curioso que sean espejo una de la otra: la tecnocracia sostiene que sólo hay una solución política correcta y el populismo que sólo hay una voluntad auténtica del pueblo. (...) Ni para los tecnócratas ni para los populistas hay necesidad alguna de debate democrático. En cierto sentido, ambos son curiosamente apolíticos” (Müller, 2018: 118). Más allá de lo sugerente de la comparación, seguramente es algo forzada, además de reduccionista, e igualmente habría que apreciar que hay diferencias sustanciales entre apoliticismo y apartidismo político.

2. Ernesto Laclau. Hablar de populismo en el ámbito cultural y político de América Latina y España hace necesario apelar al pensamiento posmarxista de Ernesto Laclau (1935-2014), quien es uno de los autores más relevantes y citados al respecto y con cordiales relaciones ideológicas con los Kirchner. Su libro *La razón populista*, publicado en 2005, es un testimonio de su línea de investigación y de sus propuestas. Lo divide en tres partes que las

titula de la siguiente manera: La denigración de las masas; La construcción del pueblo; y Variaciones populistas.

En este caso sería vano intentar hacer un resumen del pensamiento de Laclau, por lo que se opta por recoger algunas ideas muy generales que podrían ayudar a concebir su visión estratégica y para eso nada mejor que darle reiteradamente la palabra. En el Prefacio del citado libro adelanta que “Nuestro intento no ha sido encontrar el verdadero referente del populismo, sino hacer lo opuesto: mostrar que el populismo no tiene ninguna unidad referencial porque no está atribuido a un fenómeno delimitable, sino a una lógica social cuyos efectos atraviesan una variedad de fenómenos. El populismo es, simplemente, un modo de construir lo político” (2015:11). Añadiendo poco después que “la claridad conceptual -ni qué hablar de definiciones- está visiblemente ausente de este campo. En la mayoría de los casos, la comprensión conceptual es reemplazada por la invocación a una intuición no verbalizada, o por enumeraciones descriptivas de una variedad de “rasgos relevantes” -una relevancia que es socavada, en el mismo gesto que la afirma, por la referencia a una proliferación de excepciones” (2005:15). Reitera más adelante que no solo el populismo es “un modo de construir lo político” sino que es “una lógica política” y no “un tipo de movimiento -identificable con una base social especial o con una determinada orientación ideológica-”(2005:150).

Una variable teórica necesaria en esta visión sobre el populismo es la de pueblo. Dice Laclau que “el retorno del ‘pueblo’ como una categoría política puede considerarse como una contribución a esta ampliación de los horizontes, ya que ayuda a presentar otras categorías -como ser la de clase- por lo que son: formas particulares y contingentes de articular las demandas, y no un núcleo primordial a partir del cual podría explicarse la naturaleza de las demandas mismas. Esta ampliación de horizontes es un requerimiento para entender las formas de nuestro compromiso político en la era de lo que hemos denominado capitalismo

globalizado. Las dislocaciones inherentes a las relaciones sociales en el mundo en que vivimos son más profundas que en el pasado, por lo que las categorías que entonces sintetizaban la experiencia social se están tornando crecientemente obsoletas. Es necesario reconceptualizar la autonomía de las demandas sociales, la lógica de su articulación y la naturaleza de las entidades colectivas que resultan de ellas. Este esfuerzo -que es necesariamente colectivo- es la verdadera tarea que tenemos por delante. Esperemos estar a su altura” (2005:310).

Laclau hace una distinción entre lo que llama la lógica social de la diferencia y la de la equivalencia. En *La deriva populista* (2006), entiende por lógica de la diferencia a “una lógica eminentemente institucionalista, en la que las demandas sociales son individualmente respondidas y absorbidas por el sistema”, que de prevalecer exclusivamente esta lógica se “conduciría a la muerte de la política y a su reemplazo por la mera administración”, mientras que la prevalencia de la lógica de la equivalencia -lo que es clave en el pensamiento laclausista- “debe encontrarse en la presencia de demandas que permanecen insatisfechas y entre las que comienza a establecerse una relación de solidaridad”, de modo que “si grupos de gente cuyas demandas de vivienda, por ejemplo, no son satisfechas advierten que otras demandas de transporte, empleo, seguridad, suministro de bienes públicos esenciales, no son tampoco satisfechas, en tal caso comienza a establecerse entre ellas una relación de equivalencia. Todas ellas empiezan entonces a ser vistas como eslabones de una identidad popular común que está dada por la falla de su satisfacción individual, administrativa, dentro del sistema institucional existente. Esta pluralidad de demandas comienza entonces a plasmarse en símbolos comunes y, en un cierto momento, algunos líderes comienzan a interpelar a estas masas frustradas por fuera del sistema vigente y contra él. Éste es el momento en que el populismo emerge, asociando entre sí estas tres dimensiones: la equivalencia entre las demandas

insatisfechas, la cristalización de todas ellas en torno de ciertos símbolos comunes y la emergencia de un líder cuya palabra encarna este proceso de identificación popular”. En este sentido “el populismo es una cuestión de grado”, en la medida que “las lógicas equivalenciales prevalecen sobre las diferenciales” (2006:57-58).

Desde esta perspectiva, para Laclau cualquier ideología, por más diversa que sea, puede adoptar un sesgo populista, “desde el comunismo hasta el fascismo”, pues en cualquier caso habrá “una dimensión de ruptura con el estado de cosas actual” cuya profundidad dependerá de la coyuntura específica (2006:57). En el caso venezolano de los primeros años del gobierno de Chávez están presentes los rasgos definitorios de una ruptura populista, y sin esta no había posibilidad de cambio. Y estos rasgos son: “una movilización equivalencial de masas; la constitución de un pueblo; símbolos ideológicos alrededor de los cuales se plasme esta identidad colectiva (el bolivarismo); y, finalmente, la centralidad del líder como factor aglutinante” (2006:60).

3. Gino Germani. A lo recogido de los anteriores autores es interesante añadir algunos otros elementos para considerar lo que se entiende por populismo. Hace cuatro décadas atrás el influyente sociólogo conservador Gino Germani (1911-1979), a quien Laclau (2005: 15-16; y de quien se recoge la cita) veía como un ejemplo típico de la literatura de ese entonces sobre el populismo y a quien califica de pusilánime, publicó una caracterización que, sin embargo, posee relevantes coincidencias con los citados. No hay ninguna casualidad que el libro lo titulara de la siguiente manera: *Authoritarianism, Fascism and National Populism*, New Brunswick, Nueva Jersey, Transaction Books, 1978, p. 88 [trad. esp.: *Autoritarismo, fascismo y populismo nacional*, Buenos Aires, Temas, 2003] y que dijera lo siguiente: “El populismo por sí mismo tiende a negar cualquier identificación con, o clasificación dentro de, la dicotomía izquierda/derecha. Es un movimiento multclasista, aunque no todos los movimientos multclasistas pueden considerarse populistas. El populismo probablemente

desafíe cualquier definición exhaustiva. Dejando de lado este problema por el momento, el populismo generalmente incluye componentes opuestos, como ser el reclamo por la igualdad de derechos políticos y la participación universal de la gente común, pero unido a cierta forma de autoritarismo a menudo bajo un liderazgo carismático. También incluye demandas socialistas (o al menos la demanda de justicia social), una defensa vigorosa de la pequeña propiedad, fuertes componentes nacionalistas, y la negación de la importancia de la clase. Esto va acompañado de la afirmación de los derechos de la gente común como enfrentados a los grupos de interés privilegiados, generalmente considerados contrarios al pueblo y a la nación. Cualquiera de estos elementos puede acentuarse según las condiciones sociales y culturales, pero están todos presentes en la mayoría de los movimientos populistas”.

4. Carlos M. Vilas. Otra definición de populismo que conviene tener en cuenta fue realizada por Carlos M. Vilas (1995) y recogida por Horacio Cerutti (2009: 1 y 2). Es una enunciación que si bien está pensada para América Latina señala algo común a otras experiencias populistas cuando subraya su condición de “movimiento” y de “coincidencia inestable de intereses”, siendo especialmente esto último algo muy a tener en cuenta considerando la realidad conocida. Textualmente dice: “En América Latina se denomina populismo al tipo de régimen o de movimiento político que expresa una coincidencia inestable de intereses de sectores y elementos subordinados de las clases dominantes y de fracciones emergentes, sobre todo urbanas, de las clases populares. Este populismo enmarca el proceso de incorporación de las clases populares a la vida política institucional...”.

5. Horacio Cerutti. Por su parte Cerutti amplía el análisis al introducir el tema de la “tercera posición” como parte de este fenómeno populista. Recuerda precisamente la conocida consigna

del primer peronismo (cuando la guerra fría) que decía “ni yanquis, ni marxistas, peronistas” (2009:4). Ello no es solo un hecho registrable en ese entonces (que no se debería olvidar por su significado) sino que más de medio siglo después se observa un razonamiento similar, donde se pretende tomar equidistancia de las posiciones hegemónicas, aunque el lenguaje y muchas ideas sean más imprecisas que entonces. En todo caso, el autor recuerda que ese populismo clásico latinoamericano aportó a “los sectores mayoritarios de la población mejores condiciones de vida, en cuanto a satisfacción de necesidades”. Asimismo, con la incorporación política y la integración social de las masas, lo que “constituye la esencia del populismo latinoamericano”, se armonizó a diferentes componentes de clase, impidiendo así el conflicto social e incluso intentos de soluciones violentas. Este policlasismo consiguió negar el reconocimiento de la lucha de clases, presente en el ideario y las propuestas de la izquierda marxista de aquel entonces, y tenía a su frente un liderazgo mesiánico que encarnaba la satisfacción de todas las demandas. La afirmación de lo nacional en lo ideológico (un nacionalismo popular) y el control social, muchas veces autoritario, junto a los beneficios materiales, hicieron viable la gobernabilidad durante años. Naturalmente que este modelo de populismo fue cuestionado en el pasado, cuestionándose, entre otras muchas cosas, que la participación efectiva de la gente, del “pueblo”, no fue tal, dado el alto grado de manipulación y arbitrariedad existente, y la consolidación de una “burguesía” estatal y privada aliadas entre ellas.

Conclusiones

1. La quiebra de Lehman Brothers desencadenó primero una crisis financiera, después económica y finalmente política que cambió el mundo. O por lo menos, una buena parte del mismo, y no precisamente para bien. O eso parece al día de hoy. Lo que llevó a ese resultado y a muchos otros bancos de EUA y de la UE fueron los activos tóxicos, que con nombres misteriosos formaban parte de

los balances. Diez años después han vuelto y su volumen actual es de gran magnitud. Según se informa algunos de esos productos tóxicos “que llevaron a la crisis baten récords en 2018” (Segovia, 2018). Como se pregunta este analista “¿estamos jugando otra vez con fuego?”. Los aspectos autodestructivos del sistema cada vez son más extremos. Lo que es objetivo y visible, es que cada vez el sistema financiero es más especulativo, sin que se haya llevado a cabo una reforma seria, con tan solo una pequeña parte de la riqueza puesta al servicio de la economía real y con los mismos actores de ayer liderando las finanzas, la economía y la política. Mientras la acumulación de deuda sigue siendo enorme y las desigualdades en la distribución del ingreso y las riquezas aumentan. Los riesgos son tales que pueden provocar una nueva crisis. Algunos agoreros (¿o no tanto?) anuncian que la tormenta puede estar cerca. Desde algunas esferas del poder mundial tan solo se anuncia que se está en una situación vulnerable y que es esencial vigilar y hacer correcciones. Son declaraciones que, de tan cautas y políticamente correctas, parecen ser cómplices de las fuerzas dominantes y hegemónicas.

2. La globalización realmente existente parece ser el mejor medio para la ofensiva del capital. Las favorables relaciones de fuerza van haciendo posible la pérdida de las conquistas históricas de los asalariados, incluyendo capas medias que tuvieron un ascenso social que los llevó a unos niveles de bienestar inéditos que les hizo considerarse que habían dejado su condición de trabajadores. No es nada casual que la categoría clase media (la mayoría de las veces incluso en singular, ¡ni siquiera en plural!) se convirtiera en el eje de los discursos ideológicos de gran parte del espectro de las organizaciones políticas. Sin embargo, esos ingresos económicos y ese bienestar se han visto golpeados duramente por la crisis. Se acabó la expectativa de ascenso -ni siquiera de mantener estatus- y observan que la generación de sus hijos vivirá peor que ellos mismos en la actualidad. En mismo EUA se calcula que el salario

mínimo ha perdido en las últimas cuatro décadas más del 70% de su poder adquisitivo, lo que refleja que determinada política salarial no es sólo cuestión de la crisis del 2008, ni de ese país, pues algo similar ocurre en países de la UE y en otras áreas geográficas. Por otra parte, informes recientes de Naciones Unidas afirman que el hambre ha aumentado por tercer año consecutivo, volviendo a cifras de 2010, aunque en determinados lugares ello se atribuye más a las guerras y a los fenómenos climáticos, aunque también es cierto que, en otros países, como algunos de ALC y de otros continentes, sin esas causas directas, asimismo se observe por lo menos un estancamiento en la tendencia de años atrás de disminución de la pobreza y de efectos asociados. Las causas aquí están vinculadas a las políticas aplicadas, donde predominan los intereses del capital especulativo que acumulan riqueza sobre la renta financiera, pero también sobre las rentas mineras y agropecuarias. Sin la apropiación de la vida humana y de la naturaleza esto no sería posible.

3. El populismo en la actualidad no tiene el significado que tuvo. Aunque lo cierto es que el término está tan generalizado que su uso se convirtió en una práctica habitual. A tal grado que, junto a globalización y nacionalismo, sean quizá los fenómenos que más se debaten en muchos lugares, aunque con la imprecisión indicada con anterioridad en este artículo. El desmoronamiento de la URSS y sus socios entre 1989 y 1991 puso fin a una etapa donde la competencia entre las dos cabezas del este y el oeste posibilitó el ascenso de movimientos de liberación en los países entonces denominados del Tercer Mundo, lo que confluyó con grandes debates de proyectos de desarrollo tanto en el ámbito académico como en los movimientos y organizaciones sociales. Todo ello se acabó, a tal grado que la globalización neoliberal del capitalismo fue tomando poco a poco el principal espacio de proyecto de cambio que, en la realidad, fue el único, donde el pensamiento desde la academia tendió a uniformarse y los movimientos y organizaciones sociales fueron perdiendo presencia e influencia.

Cuando estos últimos resurgieron desde finales de los años noventa y durante la primera década de este siglo, sobre todo en ALC y durante un corto periodo de tiempo en el mundo árabe, los factores que lo posibilitaron, en lo interno y lo externo y en contextos diferentes, llegaron prácticamente casi al final, sobreviviendo alguna experiencia como es Bolivia. Hoy hay más gobiernos de perfil “populista” de derecha que de algún perfil progresista. Véase sino lo que ha dicho un premio Nóbel de economía como Paul Krugman sobre el próximo gobierno de López Obrador en México, al que caracteriza como de izquierda porque habrá más programas sociales y posiblemente un poco de mayor intervención del gobierno en la economía, pero -dice- no será un cambio dramático. Casualmente entre los calificativos peores que recibió su candidatura durante la larga campaña electoral fue la que le atribuía la condición de populista.

4. Los fenómenos que en el presente son denominados como populistas y como nacionalistas, no solo coinciden en el auge actual, sino en determinados otros rasgos. Quizá entre los más visibles sean una concepción de la política que tiene en su formulación y ejecución un fuerte componente religioso (aunque se crea no serlo), como es esa noción bíblica de pueblo, de pueblo elegido, donde unos líderes que parecen sentirse verdaderos Mesías los llevan a la salvación, mediante el monopolio de la verdad y de la moral superior que los inspira y guían. Para eso es necesario un enemigo, real o no, porque la dimensión emocional es primordial, mucho más que la racional, por lo que el miedo es un medio a introducir. Hay un nosotros bueno y otro malo. De ahí, entre los nacionalistas y entre algunos de los populistas de derechas, el dispositivo supremacista -a veces también basado en la etnia- que atribuyen a su pueblo. Esa es su fortaleza, su superioridad. Vale la pena introducir en el análisis el programa, o a falta de uno algo equivalente, que tanto unos como otros defienden y comparan, sobre todo lo referido a la estructura y políticas económicas y

sociales, muy especialmente las fiscales e impositivas y las de distribución del ingreso, por ejemplo. De esta manera se podrá poner al descubierto sus verdaderas intenciones, pues a veces partiendo de legítimas banderas reivindicativas éstas se confiscan, para enseguida hacer lo mismo con el movimiento y la organización, que quedan al servicio de la élite dirigente. No solo se es corrupto robando de las arcas públicas o cobrando comisiones de concesiones empresariales privadas para obras públicas.

5. En estos apuntes es útil señalar que, finalizando la segunda década de este siglo XXI, se aprecian en política dos fuerzas que son dominantes, pero que, por supuesto, no son las únicas. Esas fuerzas son la global y la nacionalista. Una, defensora del libre comercio, la apertura, el multiculturalismo, etc., y, la otra, defensora del mayor control de fronteras, de frenar la inmigración, de sociedades nacionales cohesionadas, etc. Ante esta dualidad y constatando la crisis en la que viven las fuerzas políticas de izquierda y las progresistas en general, que han perdido los votos de clase que tenían, pues estos optaron por posiciones de derecha y de extrema derecha, como pasó en Europa, se plantean ahora recuperar votos entre los diferentes estratos de trabajadores asalariados. Ante su incapacidad para construir mejores respuestas, se plantean el desafío político de aprender de la derecha populista, de esa derecha que entiende que el problema es lo global y que es necesario un proteccionismo para que los connacionales vivan mejor. Así es como algunas organizaciones han optado por combinar propuestas populistas y nacionalistas, pero defendiendo su identidad de izquierda. Si bien defienden priorizar el trabajo y mejorar los salarios, junto a cierto ideario de modernidad y de innovación tecnológica, como reconocer derechos a las minorías, también hacen prevalecer el regular la inmigración, defender los derechos y la identidad de los nacionales, etc. Hasta ahora se van perfilando dos posiciones, que aparentemente responden a lecturas diferentes de cómo lograr lo antes posible mejores resultados electorales. Habrá que estar atentos a la evolución de las posiciones

y como se irán conformando. Por ahora tienen un fuerte componente electoral, o electoralista, y, en consecuencia, un gran tufillo oportunista. En tiempos de avances en la robotización en el proceso productivo que va transformando el mundo laboral y sustituyendo fuerza de trabajo humana, parecería que se vuelve a contar con los trabajadores, bastante huérfanos en el proceso de cambio que provocó la crisis del 2008, juntos o confundidos o involucrados con la denominada clase media. En esta transición ¿tiene sentido las categorías de clase conocidas y, más aún, quiénes serán los sujetos principales, cuando a la vez está asimismo cuestionada la división derecha/izquierda y es sustituida por la de globalistas/nacionalistas?

6. Como conclusión final, habría que decir que cuando se utiliza el término populismo no siempre es posible saber con seguridad si se habla de lo mismo. Dado lo equívoco del concepto que se le atribuye a dicho término lo mejor sería abandonarlo y usar otra categoría política. Muy especialmente ha sido un grave error de fuerzas progresistas haberse autodenominado como populistas, porque así han incrementado lo equívoco, lo confuso, lo ambiguo, lo impreciso, el simplismo. En definitiva, el oportunismo teórico, ideológico y político. Pero estos apuntes son para debatir, para contrastar opiniones, de ninguna manera lo dicho aquí es definitivo ni pretende ser la verdad.

Bibliografía

- Cerutti Guldberg, Horacio (2009), *Populismo*, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, México, enero, 12 pp.
- Ionescu, Ghitâ y Gellner, Ernest (1970), *Populismo: sus significados y características nacionales*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Laclau, Ernesto (2005), *La razón populista*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Laclau, Ernesto (2006), *La deriva populista y la centroizquierda latinoamericana*, Nueva Sociedad 205, Buenos Aires, pp. 56-61.

- Müller, Jan-Werner (2017), *¿Qué es el populismo?*, Libros Grano de Sal, México.
- Segovia, Eduardo (2018), *Los productos tóxicos que llevaron a la crisis baten récords en 2018*, Bolsamanía, Madrid, 17 de septiembre.
- Vilas, Carlos M. (compilador, 1995), *La democratización fundamental. El populismo en América Latina*, CONACULTA, México.

Entregado 1 de agosto de 2018

Aceptado 18 de agosto de 2018